

CUENTO

DESTINO

I

MI AMIGO

SÓLO cuando las cosas se han hecho pretéritas, comienzan a vivir. El pasado es lo que da la existencia a las cosas. De modo que, no sólo somos una realidad vital sujeta a las circunstancias, y un anhelo de ser, sino que también somos lo que éramos. . Esto pensaba mi amigo de sí mismo ya en la treintena de su vida, cuando el pasado comenzó a revelársele a la manera de la luz en profundidades submarinas.

Ahora, que advertía el crecimiento de su sensibilidad como una planta viva de deseos, se descubrió a sí mismo lo que había sido, el niño maravilloso, encantador, que había sido.

Era en Caudete de las Fuentes, pueblo que emergía entre nieblas, viento y una bella soledad poblada de enorme arboleda. Lo mejor de sus recuerdos eran los árboles de Caudete. En un espacio de dos kilómetros escoltaban el paso de la vida a Castilla dos filas de gigantescos chopos castellanos, cuya ramazón formaba una bóveda sobre la carretera.

Pablo ignoró su precocidad onírica; soñaba sin saber lo que eran sueños. «Yo fui un poeta — se decía ahora — a los catorce años. Lo he ido descubriendo».

Utiel, pequeña ciudad, se levantaba cerca, más allá de la tramontana que seguía el vial de los chopos. Pablo era nacido allí, y desde el lugar donde vivía construía la ciudad sobre la música que le despertaba. Utiel era nube, estrella, horizonte. Todo lo hermoso que surgía de estampas, del cine y de algún libro de aquel tiempo, estaba allí, al pie de la sierra Negrete, entre vides, tras de una muralla altísima de álamos. Aquellos árboles eran siempre de verano. Grises, no existían para él. Tenían una ramazón oscura y temblona. Eran un misterio; eso mismo, un misterio, tras del cual estaba el alegre Utiel con su Alameda, la Feria y los toreros de Setiembre, verdaderos héroes con sus trajes de sol y de luna.

Pablo no sabía que su mundo era la belleza. Sólo que le gustaba hallarlo apartadamente. La música, los dramas en el telón mágico, el viento, los árboles, los cromos de la guerra, los toreros...

Cosas había, tristes; como los libros de texto, las mañanas con la lección sin aprender, los deberes.

— ¡Cómo sufre este muchacho en cuanto tiene que estudiar! — le oía decir a su madre—. Sólo es feliz correteando por la huerta y la carretera como un salvaje. Mal estudiante va a hacer...

Su padre terciaba con dureza.

— Todo eso se acabará. Tiene que hacerse hombre... Voy a terminar con esa vida de vagabundo.

— No, querido; no me hagas sufrir... Déjale aún algún tiempo más. ¡Pobre hijo! Déjalo que corra, que sueñe. Tiempo tendrá de padecer.

Caudete era una égloga antigua. El agua, los pájaros y los árboles cantaban un himno secreto a la vida. Pablo percibía el alma de la vega, sobre todo, en el agua. Las acequias le maravillaban cuando se sumergía en ellas en el estío. Algunas tardes, las pasó enteras en el agua. El agua tenía diaphanidades de aire, y Pablo no sabía si iba inmerso o si volaba. No podía razonar este deliquio, casi una emoción mística. Luego corría bajo la chopera, cantando una musiquilla que él transformaba en elemental sonata. Lo mismo que las naves catedralicias, elevaba la arboleda su verde ramazón. El viento mecía blandamente el talle majestuoso de los árboles. Pablo se paraba a escuchar. En el aire ensimismado de los verdes fantasmas, se percibía el sueño del árbol. El niño sabía sentir este sueño. Empujaba un poco más el viento de Setiembre, y se oía un ulular lejano, que extasiaba a Pablo.

II

CUENTA MI AMIGO

En la posada, junto a la Fuente Chica, o la vera del albercón de la grande, yo oía decir con alegría a las gentes:

— Viene Saleri a la feria.

— Toreaba Saleri en Utiel.

Joselito y Belmonte eran el perfil de aquella España del año veinte. Ya oía un poco mal lo rubeniano, y un sentir trágico de la vida — la angustia del hombre y un romance de tonadilleras y toreros — embellecía a España. Por ciudades y pueblos andaba la muerte; allá a tiros anarquistas, acá en las astas de los toros. En Utiel el idolo popular era Saleri II. Yo soñaba con el toreo. Los toros — un mote flamenco, un cartel — eran para mí el verso de la vida.

Yo tenía un tío torero... Luisillo... Anduvo unos años por las ferias de los pueblos de Castilla, dejándose en los cuernos sus mejores sueños. No pasó de novillero. Los toros le corneaban horriblemente. Era, sin duda, su destino. Sabía dar la verónica de Belmonte, con su flamenquismo recio y delirante; y en ese quiebro y ese temple había aprendido a morir. Caudete, su pueblo, creía en él.

Cuando venía por casa, triste y hambriento, solía traerme libros y revistas de torería, que me sorbían el seso. Aprendí la historia de

Pepe Hillo, del Espartero, de Joselito. Y mis sueños estaban alimentados de miedo. Cuando leía, por ejemplo: «Le mató un toro de Miura en la plaza de la Maestranza»... yo quedaba temblando, pero en éxtasis, como cuando escuchaba el rumor del viento en la arboleda.

Un día en la esquina de la plaza, vi pegado un cartel maravilloso: «Plaza de toros de Utiel», decía... Debajo, «seis novillos de Urcola, para David, Alcalareño y Luisillo».

Estuve mucho tiempo contemplando aquel milagro de poesía, ausente la vida en torno. En mi imaginación no existía el presente. Aquellos toreros eran los de mis estampas, que habían echado a andar. Me repetía sus nombres en voz baja. Corrí a casa como el viento

— Mamá... mamá. El tío Luis, que torea en Utiel. Toreaba en Utiel... Con Alcalareño, con David... Yo iré, yo iré...

III

La corrida se dió una tarde de Agosto. Toda la Castilla valenciana se volcó en Utiel. Caudete quedó vacío. Era una tarde alta, cancionera, patética, con los chopos más altos que nunca y los pueblos y las aldeas esperando.

¡Utiel en aquella tarde dorada de chopos tan verdes! Tarde vieja del ochocientos para mí. Mi padre me llevó a Utiel en una tartanilla tirada por una mulilla torda, que sacudía al trote con gracia sus cascabeles. Corría una suave brisa por la chopera. Seis kilómetros de carretera... Pero es el viaje maravilloso de mi vida. Tenía catorce años, un alma precoz de poeta, y toreaba Luisillo, mi tío, en Utiel allá en los felices tiempos de Gallito y Belmonte.

Fuí otras veces a Utiel, y siempre a los toros. Aquellos viajes a mi pueblo me hacían feliz. La vida se canalizaba toda en la sensación. Si tenemos un pasado, vivimos dos veces, porque gozamos de otra sensación, la de los recuerdos. Es un sobrevivir. En el pasado tenemos reminiscencias o revelaciones de lo Inefable; reflejos del cielo.

IV

Utiel era y es bonito y alegre. Crisol en que se funden lo castellano y lo levantino. La alegría tiene allí la fragancia de un clavel. El alma es lámpara votiva a la castellanía de otro tiempo.

Utiel era como yo lo soñaba. Hoy lo ilumina un miniado de códice, o el fondo de una tabla del cuatrocientos.

Gentes de las aldeas, de Castilla adentro, arrieros, trajinantes, comisionistas, señoritos, lindas utielanas, todos con un quehacer, cosa que me admiraba. Posadas y cafés, y tiendas, y molinos, siempre a rebosar. Calle Real calle de Santa María, angostas y principales. Ir y venir de la gente. ¡Cómo aprisionáis el alma de Utiel, calles queridas! Todo estaba lleno aquella mañana de Agosto. Fuimos

a parar al «Mesón de las dos puertas». Estaba el mesón repleto de gente ruda y bulliciosa; carros y galeras ocupaban el amplio corralón. Sobre un muro del patio resaltaba un cartelón de la corrida: un torero que giraba en el abanico de su capote, al que se ceñía el toro.

—Vamos arriba—dijo mi padre con sonrisa prometedora

Buena sorpresa: mi tío nos esperaba en una de las habitaciones altas del parador. Le rodeaban señores alegres y rumbosos, amigos llegados de lejos, los banderilleros. Todo era hermoso y fascinador. Las cosas tenían un nimbo, y una música por dentro. Me di cuenta de la simpatía que despertaba mi presencia. Sobre una silla colgaba el traje de luces de Luisillo.

—Pruébate la chaquetilla, chaval—dijo uno.

Pesaban mucho alamares y caireles, y yo me sentía excitado por aquella extraña música de mis soliloquios bajo los árboles.

—Vas a tener un sobrino torero, ya verás—opinó uno de los amigos.

—Cuando, de pequeño, me preguntaban qué quería ser, yo decía que torero. Y que me llamarían Bombita...—confirmé ingenuamente.

Paseamos todos, mi tío en medio. La gente se agolpaba a nuestro paso. ¡Calle Real, calle de Santa María..! Venta de entradas, pregones, romances de torería andante. De la Plaza Mayor salió un golpe de mulillas, río de cascabeles y colores. La música, detrás. Ya habían llegado David y Alcalareño. Se oía el silbo de los trenes. El tren de Valencia acababa de llegar y me traía a mi otro tío.

V

En mi tartana, con la mulilla alegre y garbosa como nunca, llevamos a mi tío vestido de luces a la plaza. Aquel desbordar de vida y de poesía, sol y tragedia; heroísmo—Calle Real, calle de Santa María, Puerta de las Éras—, me embriagaba. Iba pálido Luisillo, y más pálido yo. La muerte daba una misteriosa belleza a la vida.

Desde el tendido vi salir a mi tío al frente de las cuadrillas, junto a los otros espadas. Cegaba el titilar del oro de los toreros. Yo ansiaba grabármelo todo a fuego en la memoria. Se lo contaría a mi madre, que quedó en Caudete, rezando a la Virgen del Remedio.

«Cuando la mulilla cascabelera corría por entre los chopos; cuando tomamos café en Salón Pérez, en la calle de Santa María, y en las mesas ruidosas hablaban de la verónica de Luisillo; cuando llevamos al torero a la plaza...»

Dolía la cabeza, sueña que sueña. El rumor denso de los tendidos, los gritos de entusiasmo de los aficionados, quedaban como en una niebla sobre mi cabeza. El aire de los pasodobles que acompañaba al toro muerto, o a la faena de muleta, ponía un indefinible encanto, ciertamente mágico, al drama del ruedo. Aquella música tan alegre, tenía un segundo plano de tristeza, que acrecía el dolor de mis sienes.

Se llevaron las mulillas un toro, y otro toro. Mi tío había dado unos quites a la verónica.

—La verónica de Belmonte—gritó un aficionado cerca de mí.

Y hubo un toro muy alto de cuerna, y poderoso. Veloz como el viento. Embestía sin cesar. «El de Luisillo, el de Luisillo», gritaban.

En el aire doliente y cadencioso de la tarde vi cómo mi tío era prendido y sacudido por el toro, y cómo se doblaba, roto, sobre las astas. Igual que en un grabado de Goya...

Bajamos corriendo, desolados. En la enfermería, mi tío, sucio de sangre y polvo, tenía doblada la cabeza, como un lirio.

Su visión me parecía después la de los caballeros muertos de los romances que yo leía.

VI

Los chopos eran más altos, muy sombríos, al día siguiente. Corría sin los cascabeles la mulilla. Caudete se había quedado sin sol. Todo estaba muy lejos, detrás de una cortina de música y de viento. Mi tío tenía la cabeza doblada y lívida, pintada por el Greco. No recuerdo nada de aquellos días. Estuve muy enfermo.

RICARDO DE VAL

Direcciones de Colaboradores de "Alcántara"

Como venimos observando que muchos de nuestros lectores desean entablar correspondencia con los firmantes de los trabajos que en esta revista se publican, y para ello primero han de escribir a esta Redacción para que les facilitemos las señas a que dirigirse, comenzamos en este número la publicación de aquellas señas que nos ha sido posible reunir, y rogamos a los demás colaboradores nos envíen las suyas, para también darlas a conocer en sucesivos números de ALCANTARA

- Acedo Iglesias, Dionisio.—Plaza de América. Cáceres.
 Borrachero, Miguel.—Notario. Totana (Murcia).
 Bravo, Fernando.—Avda. Virgen de la Montaña, 25. Cáceres.
 Caba, Pedro.—Burjasot (Valencia).
 Calderón Rodríguez, Andrés.—Calvo Sotelo, 61.—Badajoz.
 Callejo, Carlos.—Pasaje Virgen de la Montaña, 2, 2.º Cáceres.
 Canal, José.—Plaza General Mola, 30. Cáceres.
 Carrasco, Cástalo.—Donoso Cortés, 27. Cáceres.
 Cordero, Juan Luis.—Arroyo de la Luz. (Cáceres).
 Delgado, Jesús.—Zarza de Alange (Badajoz).
 Gazul, Arturo.—Enrique Granados, 116, 3.º, 2.º. Barcelona.
 Hinjos, José de.—1.ª Transversal de Cánovas, 6. Cáceres.
 Muñoz de San Pedro, Miguel.—Plaza de Santa María. Cáceres.
 Pérez de Pérez de Villar, Manola.—Enladrillado 19. Sevilla.
 Romero Mendoza, Pedro.—Gómez Becerra, 2.—Cáceres.
 Tena Fernández, José.—Ayuntamiento. Trujillo.